

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los miércoles y sábados.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admi-	15 reales.
nistracion.	
Por seis id.	28 »
Por un año.	50 »
EXTRANJERO.—Tres meses.	30 »
ULTRAMAR.—Un año.	6 pesos.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

AL PÚBLICO

Nuestro querido amigo y compañero D. Eusebio Blasco queda encargado desde hoy, como Redactor en jefe, de la redacción de GIL BLAS.

Todos los asuntos pertenecientes á la redacción del periódico, así como la correspondencia relativa á lo mismo, se dirigirá de palabra ó por escrito con este sobre:

Al redactor en jefe de GIL BLAS MADRID.

Por lo demás, la correspondencia relativa á la dirección y administración continuará como hasta aquí, á nombre del Director ó el Administrador.

Madrid 1.º setiembre 1867.

El Director,
Luis Rivera.

LO QUE CORRE POR AHI

¡No importa! ¡Continuad divirtiéndoos! ¡Continuad arrojando gritos de todos los calibres y frases de todos los colores!
Acudís á las corridas de toros, llevais algunos la

afición hasta el extremo de hacer que os acompañen vuestras hijas, correis impacientes y aplaudís como desesperados...

¡No importa! Desde el fondo de la conciencia, los que lamentan vuestro extravío gritarán también: ¡Oh espectáculo bárbaro!

Padres, profesores, ¿qué nos habeis enseñado? ¿En los libros de moral, en las lecciones verbales, se encuentra algo que enseñe al hombre á gozarse con la muerte del hombre, con la agonía del animal, con el espectáculo de la sangre caliente arrojada á borbotones sobre la arena?

¡La caridad y la compasión! Palabras vacías, y si no poned un poco de cuidado:

La gente se precipita por la calle de Alcalá, la hora de las grandes emociones se acerca.

Sabemos que allá en una plaza hay seis toros cerrados, tan hermosos y tan bravos, que los seis merecen ser muertos á vuestra presencia. Esto os estremece de gozo... ¡vamos, á 20 rs. el billete!

Esos seis toros deben matar lo menos 30 caballos... ¿Quién quiere billete para ver matar 30 caballos?

—Yo he visto el apartado, y puedo asegurar á Vd. que el toro cuarto va á despachar dos ó tres toreros.

—¿De veras? Entonces venga un billete.

La diversion va á empezar. ¿No lo conocéis? Los toreros están vestidos, acaban de arrodillarse delante de una virgen como se arrodilla el que va á morir.

Cuatro velas alumbran el altar; el torero levanta los ojos y exclama:

—¡Virgen santa, si muero esta tarde, ampara tú á mis pobrecitos hijos!

Padres, maestros, profesores, ¿es esto lo que nos habeis enseñado en las escuelas?

Falta más todavía.

En otra parte hay otro altar; junto á aquel altar un sacerdote con las insignias sagradas...

Cerca del sacerdote hay un médico y un cirujano y un botiquín...

¿Qué esperan? ¿Qué hace esa gente en ese sitio de placer?

¡Cómo! ¿El sacerdote en un lugar consagrado á las locuras mundanas? Será que alguno de los actores de la función necesitará sus auxilios, si; ya viene uno; está herido en el pecho, ¡bah! eso no es nada, dentro de quince días podrá volver á trabajar.

Hé aquí el espectáculo que volverá á presentarse al público desde setiembre.

¿Cómo un periódico popular anatematiza las diversiones populares?

Por lo mismo.

No hemos venido despues de tanta lucha estéril á ser meros aduladores de la muchedumbre.

Amamos al pueblo, pero también amamos el progreso.

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

CAPITULO III.

Primera aparicion del Sr. de Pachon.

Pacholí habia dispuesto su viaje. Solo le faltaba despedirse de la novia.

Acudió presuroso, y al subir las escaleras interminables de la calle del Sordo, donde habitaba su ídolo, el ángel de sus sueños, en un sotabanco más cerca de Júpiter que de la tierra, un vago presentimiento agitó su corazón.

Iba ya en el primer piso, cuando el corazón le dió un vuelco.

—¡Calle! se dijo Pacholí. Y luego pensándolo mejor añadió: Vamos, será que me canso de subir tanta escalera.

Y continuó subiendo.

Estaba ya á punto de llegar á la puerta del cuarto de Eugenia, cuando sintió ruido y se detuvo un poco.

Este ruido era causado por la puerta del sotabanco que se abria para dar paso á un caballero que salia de visitar á Eugenia, ó al padre de Eugenia, ó á los criados del padre de Eugenia.

Porque el caballero salió, y la puerta volvió á cerrarse tras él.

Al propio tiempo de cerrarse la puerta llegó á oídos de Pacholí este breve diálogo.

El caballero que salia.—¡Hasta la vuelta!

Una voz dentro.—¡Hasta la vuelta, señor de Pachon!

Y los dos se tropezaron en la escalera y se miraron de reojo.

Pacholí, con su cara torcida, hizo un gesto de desagrado, y el señor de Pachon hizo otro gesto.

Pacholí pensó:—¿Quién será este prójimo que sale de casa de mi novia?

Pachon pensó:—¿Quién será este individuo que llama á la puerta de Eugenia?

Y se separaron, y se perdieron de vista, y continuaron pensando uno en otro.

II.

Entró Pacholí en la sala, y poco despues salió Eugenia.

—Desearia saber, preguntó Pacholí, quién es ese caballero que acaba de salir de esta casa.

—El que acaba de salir... es el señor de Pachon.

—¿Y quién es el señor de Pachon?

—Un caballero amigo de papá.

—¿Y hace tiempo que le conoces?

—Papá sí, yo no.

—¿Y qué es ese señor de Pachon?

—Segun dice papá, es muy rico.

—¿Rico, eh?

—Así parece.

—¡Rico! ¡está bien! ¡Retebien! ¡Y poquito que me gustan á mí los hombres ricos!

—Dime, Jacinto, ¿es cierto que te vas á Francia?

—Sí, hija, voy á curarme esta caricatura que tanto te hace reir.

—Pues también creo que va á Francia, el señor de Pachon.

—¡Hombre, qué casualidad! ¿Y á qué va á Francia el señor de Pachon?

—No lo sé; como es rico, viaja mucho.

—¡Rico!

—Sí, hombre, rico.

—Dime, amor mio, ¿te gustan los hombres ricos?

—¡Vaya una pregunta!

—¡Rico!

—¿Tienes celos?

—¿Yo? ¿Y del señor de Pachon? No lo creas; he tenido muchos perros pachones y ninguno me ha dado celos. Conque figúrate tú si por un Pachon más ó menos... Y á propósito, el señor de Pachon debe ser muy cazador...

Aquí fué interrumpida la conversacion con la presencia del papá de Eugenia.

—Hola, caballero, ¿estamos de marcha? dijo D. Segundo. Falta le hace á Vd.

—¿Por qué, D. Segundo?

—Por muchas razones: la primera, porque deseo ver esa cara como Dios manda. A ver si me hace Vd. el favor de no volverse por aquí haciendo muecas.

—De eso trato. Y prometo á Vd. que no faltaré á mi palabra. En cuanto esté en disposicion de cumplir lo ofrecido, me tiene Vd. á su lado.

—A mi lado estará Vd. siempre bien.

—Y espero que Eugenia no se olvidará de mí.

—¡Bonito genio tiene la niña para olvidarse de nadie! Figúrese Vd. que hace tres años se le murió un gati-

Queremos defender al pueblo de sus propias preocupaciones, y al progreso de sus obstáculos.

Los toros no enseñan nada, y en cambio pervierten los más nobles instintos del alma.

Con los toros no se alimenta la bravura, sino el salvajismo; y si queréis conservar esta tradición porque es de pura raza española, acordaos que de tan pura raza española era la inquisición.

¡Lógica, caballeros, lógica!

Mientras no tengais el valor que da una convicción arraigada, mientras busqueis el progreso por senderos antiguos, mientras no tengais la fatal manía de instruir, mientras retrocedais en vez de marchar hacia adelante, los extranjeros tendrán siempre el derecho de decirnos:

—¡Pueblo español, eres un chulo!

Y no andarían descaminados.

Luis Rivera.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

(Conclusion.)

Ginebra, no sé cuántos.

¡Qué cosa tan divertida es meterse en una especie de cajón forrado de lana, y pasar catorce, diez y seis ó veinte horas embalado como una mercancía, dando tumbos y retumbos sin sol, sin luz y sin moscas, tomando aquí aire, allá lluvia, más lejos polvo, conociendo de cuando en cuando personas que hablan mal ó huelen peor, y esperando el delicioso momento de llegar á un pueblo donde no conozca uno á nadie, donde le envenenen á mansalva, y de donde le hagan salir aliviado de peso y con las manos en los bolsillos!

¡Alabado y bendito sea el momento en que se me ocurrió salir de mi casa y darme un atracón de paisajes y cosas así, que maldito si necesitaban de mi presencia y maldito si á mí me hacía falta atravesarlos sin que me hayan dado motivo para ello!

¡Bendita y alabada sea la hora en que tuve la feliz ocurrencia de emplear dinero en cosa tan útil como andar de un lado para otro con el trascendental objeto de ver lo que sucede en todas partes!

Héme aquí Dios sabe á cuántas leguas de la patria, hecho un caballero particular, preguntando cosas á gentes que tienen el honor de no entenderme, y recibiendo de esas apreciables gentes respuestas que no tengo la honra de entender, ni quiero.

Héme aquí, en un cómodo hotel donde el viajero puede hablar todos los idiomas que quiera, ménos el suyo, y donde los camareros conocen todos los idiomas del mundo, excepto el del viajero con quien tienen que hablar. ¡Oh, admirable concierto de las cosas humanas!

Antes de salir de España, tenía el presentimiento de que los viajes enseñaban mucho.

to llamado Calígula, y aun no ha podido olvidarlo.

La verdad, este cumplimiento no dejó muy satisfecho á Jacinto; pero lo llevó con resignación por venir del padre de su futura, hombre que gozaba fama de ser algo chistoso.

D. Segundo conoció que Jacinto quería seguir hablando de sus promesas, y le atajó diciendo:

—¿Y á donde se va?

—Ahora á Francia; según me dice el médico, será cosa de pocos días.

—Pues me alegraré que Vd. se alivie.

Jacinto se rasó la oreja con cierto disimulo, y se atrevió á arriesgar está pregunta, que no dejaba de ser una indiscreción:

—Según me ha dicho Eugenia, también va á Francia el señor de Pachon...

—No veo inconveniente, añadió D. Facundo con tranquilidad. El señor de Pachon es un hombre rico.

—¿Rico, eh?

—¡Hombre, rico! ¿Vd. no quiere que sea rico?

—¿Por qué no he de querer?

—¡Que sé yo! Podía Vd. tener esa manía.

La entrevista con su futura y el papá de la idem no había dejado muy tranquilo á Jacinto Pacholí.

Se había despedido de ellos ofreciendo volver á cumplir la promesa, y no oyó de los labios de D. Segundomás que frases como estas: *muy bien, si señor, es Vd. todo un hombre, así me gusta*. Pero él por su parte no había estado muy explícito.

—Aquí hay gato encerrado, se decía luego Jacinto; aquí hay gato ó gata. Y todo, según me lo dice el corazón, es por ese caballero que salía de su casa; ¡ese señor

Hoy tengo la seguridad.

Por ejemplo:

Enseñan á no viajar más que una vez.

Enseñan á sentir haber viajado la primera.

Enseñan á desvanecer el dinero como si fuera humo.

Enseñan á pagar caro.

Y á comer de prisa.

Y á dormir poco y sobre duro.

Y á desear la vuelta á la patria, como se desea la vuelta de una onza.

Mañana debo emprender una bella excursión á pié.

Me duelen los piés, estoy cansado, los terrenos accidentados me cortan la respiración.

Pero no importa, no importa.

¡Cómo me voy á divertir!

El Alpstock.

El lector recordará haber visto unas láminas que suelen haber de muestra en los escaparates de las estamperías, y que representan la ascensión á los Alpes.

En ellas hay ingleses ridículamente vestidos, señoras que si no caen, resvalan, y que enseñan las pantorrillas, y viajeros en caricatura que van ascendiendo penosamente ayudados de un palo que tiene un gancho en la punta.

Pues bien, ese palo es el principal elemento del viaje: ese palo, que los franceses llaman *baton ferré* y que en Suiza se llama *Alpstock*.

En todos los hoteles de Ginebra se venden *Alpstock*, que valen por lo general un franco.

El viajero lo compra, sin saber por qué ni para qué, pero como los camareros y cicerones le aseguran que sin aquello no podrá ver nada, llega el viajero á convencerse de que en efecto no puede salir de la fonda sin haber recibido el palo.

Da gusto ver á los ingleses con sus pantalones cortos y sus sombreros chicos, y sus señoras cortas y chicas, armados con el indispensable y original baston, que más parece gancho de trapero que otra cosa. Y ello es necesario, sin duda alguna, porque ¿quién se lanza monte arriba como persona, cuando ni los pájaros creo yo que pueden llegar hasta cierto punto?

El *Alpstock* y el guía son dos cosas que no pueden existir una sin otra.

Porque el guía es el autor, y el *Alpstock*, el editor del viaje.

Llega el viajero á un punto cualquiera; el guía le explica lo que hay delante, lo que hay detrás, lo que hay debajo y lo que hay encima. Pero como estas explicaciones son largas, y como el viajero no las recordará, es necesario que se las lleve consigo.

Para eso sirve el palo bien hallado.

A cada nuevo paisaje que recorre, y á cada nuevo guía que encuentra, el viajero entrega su palo al guía, el cual con un hierro candente graba en la madera el nombre del país, del paisaje y aun del paisanaje.

Cada uno de estos *testimonium presentiae* vale un franco.

De este modo, al fin del viaje, un palo grosero que cuando se compró no valía nada, queda transformado en baston ilustrado que vale un puñado de napoleones y que tiene su historia, como un caballero.

Y de este modo el viajero puede llevar á su país na-

de Pachon, á quien yo, Pacholí, me parece que me lo voy á tragar! ¿A qué ha ido á su casa ese hombre? ¿Por qué me miraba en la escalera de aquel modo tan cargante? No hay remedio, Pacholí y Pachon no caben en el mundo; y puesto que uno sobra, perezca él.

III.

Preocupado con esta idea llegó á su casa, donde le esperaban sus padres para darle el abrazo de despedida.

El padre.—Adios, Jacinto, mucho cuidado con lo que haces, hijo mio; tú eres muy fogoso y muy inocente, cuidado con que te dejes engañar.

Jacinto.—¡Engañar! Pues si llevo un compañero que sabe más que todos los franceses juntos. Manguela es el amigo que no me abandonará un momento.

La madre.—¿Quién es ese Manguela? ¡Vaya un nombre raro!

Jacinto.—Lo único que temo es encontrarme con un señor que se llama Pachon, y á quien odio instintivamente.

El padre.—¿Napoleon has dicho?

Jacinto.—No, Pachon.

El padre.—¿Y qué lazos te unen á ese señor?

Jacinto.—Ninguno, es un odio incógnito é inédito.

El padre.—De todos modos, lleva mucho cuidado; mira que en Francia suelen ocurrir cosas muy raras, y mi consejo es que no te mezcles en nada. Oye, hijo mio, si por casualidad estallase por allá alguna revolución y se empeñasen en hacerte rey, no lo aceptes ¿estás? no lo aceptes de ningún modo, porque lo primero es ser buen hijo y buen español. Yo te dejaré con qué vivir; la fábrica de fósforos te proporcionará una existencia re-

tal una edición, en bruto, de sus impresiones de viaje.

Solamente puede ocurrirle una cosa; que el palo, por lo que tiene de largo y de pesado, le incomode para viajar, en cuyo caso puede hacer lo que yo, que hartó de ir de wagon en wagon con el garrote al hombro, renuncié al placer de enseñarlo á mis amigos, y se lo regalé á un viajero portugués que venía á bordo del buque que me volvió á España.

El portugués lo agradeció muchísimo y contaba á todo el que le quería oír, el regalo que yo le había hecho.

¡Y vea Vd. que cosa tan natural! Cuando aquel hombre contaba que un español le había dado un palo, todo el mundo lo celebraba.

A los lectores.

Aquí seguiría yo mi relación de viaje.

Contaría la excursión al valle de Chamounix, la ascensión á la *Flegère*, la impresión del lago, el mar de hielo... ¡qué se yo cuántas cosas contaría!

Pero entonces, el lector se enteraría de todo sin necesidad de comprar el libro que se titula *Del Suizo á la Suiza*.

El libro está en prensa. Saldrá á luz pronto. Los lectores encontrarán en él la relación completa del viaje.

Hasta aquí llegué.

No puedo ser más franco.

Eusebio Blasco.

LOS BUENOS TIEMPOS

Meses hacia ya que percibía cierto olorillo á cuerno quemado, y que los dedos se me figuraban huéspedes, cosas ambas que robaban la tranquilidad á mi espíritu; pero desde que ha llegado á mis manos un artículo, que se dice de costumbres, y lleva por título *Los Antiguos*, veo visiones, me falta la respiración y comprendo que no podré resistir la tentación de dar con mi pobre humanidad en un convento.

No crean nuestros lectores que el autor de *Los Antiguos* se ha propuesto en su artículo criticar las ridiculeces y exageraciones de los contemporáneos de Torquemada y de Calomarde, por ejemplo; su objeto ha sido simplemente enjaretar unas cuantas invectivas contra el lado, que él juzga feo y flaco, del siglo XIX y lamentar con piadosa conjunción que no tengamos la dicha de volver á la época venturosa en la que, sin duda para evitar quejas, se dispensaba á todo buen ciudadano la misma consideración que á San Lorenzo.

Lícito es al autor de *Los Antiguos*, como á todo fiel cristiano, tirar por el camino que mejor le cuadre, remontarse á los tiempos de Domiciano é irse al Congo ó á la Australia, si le agrada; afortunadamente hemos adelantado mucho para conseguirlo, y aunque se prescindiera del gas, del vapor y de la electricidad, horribles innovaciones propias solo de esta época, nos queda la fuerza... de voluntad, que en un abrir y cerrar de ojos nos trasportará del uno al otro confín y confundirá los tiempos que corremos con los que ya pasaron.

galada: podrás tener para comer, para pagar el abono de los toros y otros excesos que deben ser permitidos á un joven fogoso. Desprecia todas las pompas con que pueden brindarte esos países que vas á recorrer.

La madre (llorando).—¡Hijo mio de mi alma! ¡Me parece que no voy á volver á verte!

Jacinto.—¡Caramba! No se aflijan Vds. ¡Pues no faltaba más! Si que volveré, y con los ojos muy despabilados.

La madre.—Dicen que en Francia hay mujeres muy retrecheras, y que allí acuden todas las princesas del mundo, y si alguna se enamora de tí, como no lo dudo, ¡á Dios mi hijo!

Jacinto.—Pierdan Vds. cuidado, que no me sucederá nada.

El padre.—Jacinto, para que veas que tu padre no es ningún tirano, te permito que aceptes la Legión de Honor si el emperador de los franceses te la regala. Con eso darás una prueba de que no eres orgulloso.

Y á duras penas, después de estos prudentes consejos, logró Jacinto escabullirse de los brazos de sus padres y acudir al café Imperial, donde le esperaba Manguela con su cartera de viaje y su hongo, fumándose una breva y tomando una taza de café puro.

Así que vió á Jacinto se levantó, diciéndole:

—Ya es hora de marchar. ¡Paga y vámonos!

A las tres y media salían en el tren expres camino de Francia.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

ESPECTÁCULOS



Don Blas, cuya mujer es buena moza,
pensando ver los toros se alborozó.
De esta y otras manías nacionales,
suelen sacar partido los mortales.

«¡Dichosos antepasados, esclama el *presbitófilo*, dichosos vosotros que no sabiais aparentar, que no sabiais mentir tan descaradamente!...»

Poco á poco, caballero; desde que el mundo es mundo han imperado las apariencias y se ha mentado á todo trapo.

Cuando los hombres aun no venian al mundo como ahora, es decir, desde que Dios hizo al primer hombre de barro y formó á la mujer de una costilla, se puso en práctica el disfraz, la mentira y la soberbia.

El demonio se disfrazó de serpiente, mintió como *La Correspondencia* cuando anunció la muerte de Lagartijo, y engañó á nuestra madre Eva, que á su vez sin usar la labia de estos tiempos, hizo que el buen Adán hincase en la manzana el diente.

Si en esto de las mentiras descendemos á tiempos más cercanos, encontraremos entre quinientos mil ejemplos al R. P. Juan Hardouin, sábio jesuita del siglo xvi, que sostenia que los escritos griegos y latinos, que pasaban entonces (y pasan ahora) por antiguos, habian sido fabricados en el siglo xiii por unos monges que se habian conenido en hacerse llamar los unos Homero, Platon, Aristóteles, Plutarco y los otros Tertuliano, Origenes, Basilio, Agustin, etc.

Y no se crea que el padre Hardouin era un zarramplin ó un visionario cualquiera, que encargado fué por el clero francés, á pesar de sus estrañas teorías, nada menos que para trabajar en una edicion de los Concilios.

De esto puede deducir el autor de *Los Antiguos* que, ó los monges, que tales nombres se abrogaban, fueron unos impostores, ó que el R. P. jesuita era un trapal de siete suelas.

Los tiempos no han variado en esta parte; siempre ha habido vicios, pasiones y defectos, que en esencia han sido, son y serán los mismos más ó menos modificados

por el refinamiento de las costumbres y las necesidades de la época.

En todos tiempos han afligido plagas de diverso género á la humanidad, pero con esta diferencia: antes amenazaban oprimirla y aniquilarla; hoy se descubren diariamente nuevos medios de atenuar sus consecuencias.

Si antes no existian el cólera y otras, que dice, calamidades modernas, en cambio abundaban la lepra que cundia por todas partes, las viruelas que antes de la aplicacion de la vacuna por Jenner, diezaba las poblaciones, otra enfermedad contagiosa, que no quiero nombrar, y que entonces era familiar hasta de las personas honradas, y abundaban tambien las pestes horribles, hijas de la ignorancia, que aumentaban el hambre y la penuria, tan comunes en aquellos tiempos de desdicha, hermanos gemelos de los otros por quienes suspira el *presbitófilo*.

No se conocian los choques de los trenes ni los descarrilamientos, y habia cada lunes y cada martes vuelcos de diligencias y robos á mano armada, en los que los viajeros perdian la bolsa ó la vida, cuando no las dos cosas, y sus hijas eran atropelladas á su presencia por los facinerosos.

No molestaban entonces los pollos elegantes pero ofendian las costumbres los estudiantones y los currutacos, no inocentes y pudorosos como dice el *presbitófilo*, sino atrevidos y desvergonzados que burlaban sin reparo á las hijas de familia.

«Dichosos nuestros antepasados, continúa, que no os precipitaba nuestra impaciencia, ni os hacia desvariar nuestra locura...»

Estamos de acuerdo en este punto; cada loco sigue siempre con su tema y por lo mismo no hay razon para que hiciese decir desvarios á nuestros antepasados, la lo-

cura del autor de *Los Antiguos* y demás individuos que incluye en el posesivo NUESTRA.

Dice tambien que «los pollos necios que pululan por todas partes, es una generacion de lilliputienses, elaborada á fuerza de vicios y de maldades.» Soy poco fuerte en esta clase de química, y no atino si esta elaboracion de nuevo cuño está ó no comprendida entre las maldades; pero tengo para mí que en todo caso bastaria una sola de estas últimas para elaborar el pollo y obligarle á salir del cascaron.

Al leer estas enormidades doblé el periódico provinciano que tal artículo abrigara, y fijé la vista en la cabecera que le adorna.

Debajo del título hablaba del siglo de las luces, de civilizacion y de progreso.

Esto de *Los Antiguos* es broma, dije entonces para mí capote, creyendo que al final del artículo entraria en la cuestion y vendria el varapalo.

Y abriendo el periódico continúe leyendo en alta voz:

«El fin de D. Juan con sus mil y tres mujeres, es el «infierno, es la sociedad de hoy dia. El fin del Dante con «su Beatriz, es el cielo, es la sociedad feliz y pura de «otros tiempos...»

No pude continuar; las señoras lanzaron un grito de terror, los niños escondieron la cara entre las manos, y el aguador, que á la sazón salvaba la puerta de la escalera, cayó de espaldas.

El caso no era para menos; descargas de este calibre no las resiste á pié firme ni un gallego.

Creo, sin embargo, haber comprendido al autor de *Los Antiguos*; estamos dejados de la mano de Dios, y para vivir tranquilos y conseguir algo en este misero mundo no debemos adelantar ni un paso; no debemos pensar, ni juzgar, ni razonar, ni inventar, ni vivir para nosotros y por nosotros; el que quiera ser el cielo, es decir, la

sociedad feliz y pura de otros tiempos, debe hacer lo mismo que nuestros antepasados, debe aceptar la esclavitud, bajar la cabeza bajo la tiranía de las cosas establecidas, y entonces las puertas se abrirán ante él, como por ensalmo; habrá salvado las apariencias: *Et dignus erit intrare in illo docto corpore.*

Muchas gracias, señor autor de *Los Antiguos*; por lo que á mi toca no estoy conforme con esos puros y felices tiempos.

Mediana es la época que atravesamos; pero si elegir me es dado, os cedo de buen grado los tiempos del *Gil Blas de Santillana* y me quedo gustoso con los de el GIL BLAS de Rivera.

Faustine Hernando.

CABOS SUELTOS

La empresa del teatro de Jovellanos anuncia que pondrá en escena:

La bella Elena, (de Offembach.)

Barba azul, (de Offembach.)

La duquesa de Guerolstein, (de Offembach.)

La empresa del teatro de los Bufos asegura que pondrá en escena:

La duquesa de Guerolstein, (de Offembach.)

Barba azul, (de Offembach.)

La bella Elena, (de Offembach.)

¡Bien!!

Ahora solo falta que las obras se estrenen el mismo día en los dos teatros, y las hagan los mismos actores.

Y encargar á un fabricante un público igualito al de Madrid, para tener dos, uno en cada lado, la noche del estreno.

Hé aquí cómo define un autor, muy conocido en su casa, á la mujer coqueta:

«La mujer coqueta es como la sombra de nuestro cuerpo. Si se la quiere seguir, huye. Si se la quiere huir, sigue.»

De las Memorias de un sábio alemán tomamos lo siguiente:

¡Qué bello es el madrugar y por vía de recreo salir á dar un paseo y hacer ganas de almorzar! Ver los lípidos cristales de fuentes murmuradoras y las aguas bullidoras de los frescos manantiales; cruzar del bosque á la sombra, y entre almendros y laureles tender los blancos manteles sobre la plácida alfombra, y entre ovejas y pastores pasar las horas primeras recorriendo las praderas y triscando entre las flores; bello y poético es, y de ese prisma al través todo al Criador aclama... pero... ¿y estar en la cama hasta las dos ó las tres?

En París se trata de organizar un *Club del silencio*, por algunos ciudadanos partidarios de la paz y tranquilidad.

He aquí un trocito copiado de los Estatutos de la Sociedad:

«El Círculo no recibirá mas que dos periódicos; *Le Constitutionnel* y *Le journal Amusant*, pero estará prohibido leerlos. *Le journal Amusant* no será leído porque podría producir carcajadas ruidosas; y *Le Constitutionnel* porque puede producir ronquidos.

Lo único que se permitirá tomar á los socios será un vaso de agua con azúcar, pero se suprimirá el azúcar para evitar el ruido que pudiera hacerse al deshacerlo con la cuchara.

Si durante una sesión salta un tubo del quinqué, se levantará la sesión acto continuo.

Por último; los discursos se harán por señas, pero se prohíbe accionar para evitar el crugido de los forros de las levitas.»

Se habla ya de funciones dramáticas este invierno en las casas de los particulares.

¿Se necesitan también coristas feos?

Avisar con tiempo.

Fernandez y Gonzalez, nuestro popular novelista, va á publicar en el *Figaro* de Paris una novela.

Esto nada tiene de particular.

Lo que no podrá menos de sorprender á Vds. es que el *debut* literario de Fernandez y Gonzalez en Paris es una novela de costumbres francesas.

Francamente, los hombres de talento son los que más se equivocan en el mundo.

Fernandez y Gonzalez, andaluz hasta las uñas, recién llegado á Paris, y semi-ciego por añadidura, ¡escribiendo costumbres francesas!

¿No le hubiera sido más fácil escribir una novela española, que hubiera tenido mayor novedad para aquel público?

Pues no señor, de seguro que á él le ha parecido más nuevo describir lo que no sabe.

¡Válgame Dios lo que es el hombre!

Con el tiempo espero ver á Curro Cúchares cantando el *Otello*.

El domingo próximo se verificará la primera corrida de la segunda temporada.

Se asegura que, para evitar disgustos al público, la empresa ha adquirido toros de una nueva ganadería, en la cual las reses carecen de hueso.

Los cayetanistas están contentísimos.

En cuanto al espada Lagartijo, no debe extrañarse, despues de lo que ha dicho de él *La Correspondencia*, si el público le pide la cédula de vecindad al verle aparecer en la plaza.

Segun un cálculo hecho por un primer violin, el maestro Rogel ha escrito desde el 22 de setiembre del año pasado hasta la fecha 755.482 notas de música, que suponiendo hayan producido medio real cada una, hacen la respetable suma de 372.741 rs., que es precisamente lo que le ha costado su último sombrero hongo, comprado por varas, á dos reales una.

Dos editores, uno de comedias y otro de novelas, serán de hoy en adelante los reyes del éxito.

La casa editorial de Manini ha cesado de publicar novelas, lo cual es una ventaja para la casa editorial de Guijarro, que viene á ser de hoy más la primera de Madrid.

La galería dramática *El Museo* ha sido adquirida por Gullon é Hidalgo, que serán de hoy en adelante los únicos editores de comedias.

Así, pues, los autores no tienen más que un camino que conduzca al adelantado.

Una opinion.

La mujer en el amor es cual mula de alquiler, comienza á todo correr más se para á lo mejor, y segun dice un autor, muy sábio, en concepto mio, para conservar su brío ha de usarse sin recelos de la espuela de los celos y el látigo del desvío.

Julio Monreal.

- ¿Dónde vas, niño?
- A la escuela.
- ¿Sabes leer?
- No.
- ¿Y escribir?
- Tampoco.
- Entonces, ¿qué haces en la escuela?
- Esperar á que llegue la hora de salir.
- Esta es la filosofía de los viciosos.

Se ha repartido el cuaderno núm. 26 de la interesante y utilísima obra, que con el título de *Diccionario doméstico ó repertorio universal de conocimientos útiles*, compila y escribe nuestro querido amigo el Sr. D. Balbino Cortés y Morales.

Se ha publicado (hace ya tiempo) un librito de *Cantares*, que merecen todos los elogios que estoy dispuesto á hacerle.

Pero mejor que elogiarlos será copiar algunos.

¿No han de encontrarse las perlas en las olas á millares, si en la orillita del mar te ví llorando ayer tarde?

Mientras tú ries, yo lloro; mientras tú cantas, yo peno; mientras tú olvidas, yo amo; mientras tú vives, yo muero.

Pálida como la luna, más sensible que una flor y tan buena y cariñosa como un Angel del Señor.

Cansado ya de asomarse á mis labios está un beso, que en el lunar de tu barba quiere encontrar aposento.

Estos *Cantares* están firmados por D. Juan Ortega Gironés, y se venden en todas las librerías.

Para ponderar un marido la delgadez de su esposa, me decía:

—Cuando doy tres vueltas en la cama y no la encuentro, es señal que no está mi mujer.

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—*El tiempo es oro.*

CHARADA

Segunda si yo la admiro en la música la tengo, mas si *tercia* y *cuarta* miro en la calle, me detengo.

Mi *primera* y *cuarta*, caro nunca tomes en la plaza, porque será caso raro que no te engañe su traza.

Y has de saber, no te asombre, que casi miro mi *todo* sin saber por qué, como hombre informal y hasta sin modo.

(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

Á LOS ENFERMOS Y ENFERMEROS.

ACEITE DE BELOTAS PARA EL CABELLO.

El enfermo en su debilidad traspira abundantemente. La falta de limpieza y abandono de la cabellera durante el período de la enfermedad, como generalmente acontece, ocasiona la alopecia (caída del pelo), y en muchos casos calvicie perpetua. ¡Si en buen estado de salud es difícil conservar los cabellos, cuánto más lo será estando esta alterada! En todas edades y afecciones (aunque sea en la cama) usar nuestro *aceite de belotas* sin esencias para lustrar el pelo, nutrir sus raíces, contener su caída, reproducir el perdido, y precaver enfermedades que producen canas. Está recomendado por la prensa. Precio 6, 12 y 18 rs. frasco, calle de Jardines, núm. 5.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. RR.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.